

y no de una de ellas, que sería privilegiada, ni de un "tipo ideal".

Estructura da una idea afín a la de organización, pero en el presente caso su aplicación es distinta: "Una organización es una combinación de elementos; es el orden de los hechos, y no es inteligible por sí misma, mientras uno se limite a describirla aparte de cualquier otra. Sólo se vuelve inteligible cuando, por el contrario, es posible captar su arreglo interno (la estructura en el sentido del diccionario) como uno entre otros, porque es la única forma de plantear el problema de su significación." Se concluye en que el estructuralismo no define simplemente un orden, sino que fundamenta en él su dinamismo práctico.

Respecto de las posibilidades del estructuralismo, Pouillon sostiene que ningún campo le está prohibido, y no porque resuelva todos los problemas sino porque puede abordarlos. Para probar que lo real está estructurado, nada indica que sea necesario reducirlo. El estructuralismo no es el formalismo. Por el contrario, inquiere sobre la distinción entre la forma y la materia y no hay materia alguna que *a priori* le resulte inaccesible.

Mas a juicio del autor cabría aun elaborar una teoría general de las contradicciones para establecer en primer término su tipología. Añade que el estructuralismo enfrenta aquí, aparentemente, su dificultad más grande. Que el análisis y la colocación de las realidades históricas puedan ser estructurales, como se ha tratado de demostrar, ¿acaso implica que en sí mismos también lo son? Que las relaciones sean estructurales no dice que las plantea. Se vuelve así para Pouillon la objeción fundamental: el estructuralismo permite analizar lo constituido, pero ¿dónde está el constituyente? Para Sartre la estructura sólo puede comprenderse por la praxis, con lo que al reconocer el carácter dinámico de la estructura rechaza el estructuralismo.

Sin embargo —concluye Pouillon en su *Ensayo de definición*— ante el interrogan-

te: ¿la estructura es producto de la praxis y lleva su marca o la praxis está determinada por la estructura?, parece que basta con leer los análisis de Sartre o de Lévi-Strauss para convencerse de la complementariedad de las dos nociones: no es posible pensar una sin la otra, y su oposición no es quizá tan radical como para ser la de *dos* caras de una *misma* realidad.

Elías Condal

Miguel León-Portilla: *Trece poetas del mundo azteca*. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1967, 252 pp. 4 ils. en color, 10 ils. b. y n. (Ed. bilingüe, en náhuatl y español).

Miguel León-Portilla, investigador que ha conseguido al mismo tiempo profundizar en la oscura realidad náhuatl y realizar obras de gran mérito histórico y documental, encuentra en esta edición de *Trece poetas del mundo azteca* la forma justa de presentar varios aspectos, por demás interesantes, de una literatura nunca antes dada a conocer y cuyos temas, sin embargo, afloran ocasionalmente en los escritores mexicanos que, por mera referencia vaga o por un inconsciente volver al pasado, dan lugar a ese realismo mágico que los estudiosos de la literatura ubican preferentemente en hispanoamérica.

Los nombres de Nezahualcōyotl, Nezahualpilli, Cacamatzin y Axayácatl traen a la memoria del lector un eco de historia que se dejó atrás sin

profundizar, pero a excepción del primero, ninguno parecía tener relación con la poesía, hasta que León-Portilla nos los descubre como escritores, enmarcados además en un boceto histórico breve y eficaz. Lo meritorio del acercamiento a los poetas y sus obras es la presentación de los textos en náhuatl, seguidos de una traducción directa, sin afeites, que ayuda a formarse una imagen clara del hombre frente a ciertas preocupaciones religiosas, filosóficas, ontológicas, y su recurrencia a los valores que respetaba y que consideraba inmutables. Esta traducción tan llena de sinceridad es más notable, por ejemplo, en los poemas de Nezahualcōyotl, que fueron dados a conocer hace cien años, o acaso más, por José Joaquín Pesado, quien honradamente llamó "traducciones o glosas" a las que hizo de las obras del rey de Tezcoco, pero que ineludiblemente las aproximan a su contemporáneo José Jorjilla, más que al remoto poeta del monoteísmo intuitivo.

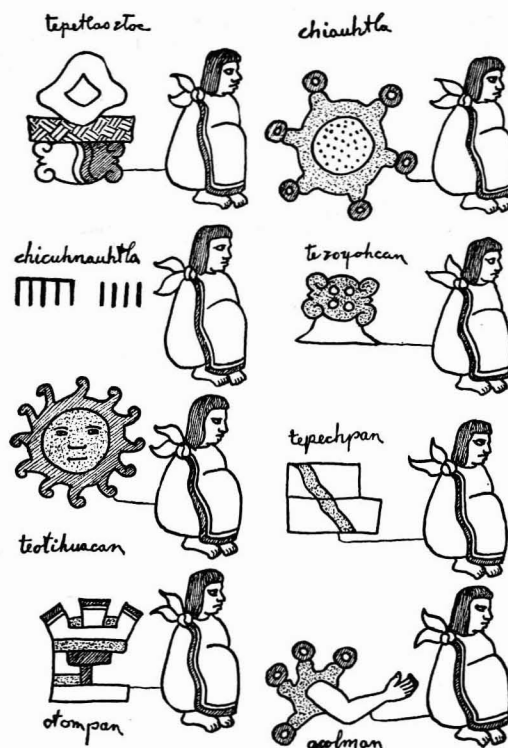
El tono crepuscular, advertido en los poetas mexicanos post-románticos y modernistas, viene a resultar heredado de los ancestros indígenas, según se ve por la tónica que siguen estos trece poetas. La alegría y el colorido que manifiestan en ocasiones, siempre representados por los cascabeles, las plumas y las flores, tienen como contrapunto casi ineludible el pensamiento en la muerte, en el abandono de este mundo y de cuanto les resultaba grato. El regocijo se muestra a jirones, en-

marcado en los tonos fúnebres que no abandona quien, como el azteca, o el indígena mexicano en su mayoría, piensa que la felicidad es acarreadora de desdichas y que por ello no debe reconocerse demasiado abiertamente.

A pesar de la nota gris, acaso pesimista, del indígena, hay un poema especialmente notable, por lo raro, dentro de la antología, y es el de Tlatecatzin, que le canta a la *ahuinanime*, la alegradora, la prostituta que, como tema obsesionante de la poesía universal, es la "Dulce, sabrosa mujer, / preciosa flor de maíz tostado, / sólo te prestas, / serás abandonada, / tendrás que irte, / quedarás descarnada." Y aun en esta poesía, casi una anacreóntica por el tema escogido, hay la consideración angustiosa del placer como preludio del dolor y la muerte.

La realización de esta antología tiene como virtud evidente la búsqueda de poemas que no son propiamente religiosos, ni épicos por definición, ni líricos del todo; no obstante, estos tres tipos de poesía aparecen amalgamados en todas, porque la orientación que se le dio a la labor del investigador fue más hacia los poetas que hacia las obras, y esto constituye otro acierto. Hasta ahora todas las incursiones en la literatura prehispánica, se habían hecho tratando de demostrar que nuestros antecesores habían tenido una actividad artística acorde con el desenvolvimiento normal que tienen las letras en todos los pueblos, o sea: buscando patentizar que los aztecas, o los mayas, o los incas, tuvieron su momento épico, su ciclo místico y su predilección por el lirismo.

La división de la literatura en ciclos cerrados y determinables, como la española en los menesteres casi gremiales de la juglaría y la clerecía, no tiene mucha aplicación a lugares y tiempos en que los poetas carecían de influencias y de escuela, y se guiaban por los acontecimientos y su apreciación de ellos; en ese sentido, estudiar a los poetas nahuas y a sus obras, abstrayéndolos de toda relación colegial, significa representarnoslos claramente como



autores; como hombres dotados de sensibilidad y de autonomía en la temática y en el desarrollo, sin el encasillamiento en movimientos, tan grato a quien intenta sistematizar una serie de fenómenos literarios.

La edición de *Trece poetas del mundo azteca*, que la Universidad acaba de hacer, es un acierto por el material que reúne, valioso artística e históricamente, y además por la forma de presentarlo, en un libro de irreprochable factura y de apariencia atractiva.

—Luis Adolfo Domínguez

---

Raymundo Ramos: *Memorias y autobiografías de escritores mexicanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967. 202 pp. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 85.)

---

Este nuevo volumen de la Biblioteca del Estudiante es una antología de páginas autobiográficas que representan muy diversas épocas, escuelas y estilos de la literatura mexicana. Bajo el título de *Memorias y autobiografías de escritores mexicanos*, Raymundo Ramos ha seleccionado los pasajes que juzga más significativos en un conjunto de autores que van del siglo XVII al XX. El eje central que eslabona la obra es la progresiva conciencia que de sí mismos y de los problemas literarios han tenido los escritores mexicanos a partir del siglo XVII, con Sor Juana Inés de la Cruz, hasta el XX con Jaime Torres Bodet. En su Estudio preliminar, Ramos plantea los límites inevitables de toda antología. Necesariamente ha de ser incompleta y subjetiva: "Antología es selección." Y añade: "Proceso de 'simpatías y diferencias' que requieren el mínimo de paladar crítico." A pesar de ello, la antología demuestra buen gusto selectivo. Raymundo Ramos no sólo ha escogido las páginas con criterio estético o histórico, sino que son perceptibles también otros propósitos: la búsqueda de la anécdota, entretenida, pintoresca y costumbrista; y, lo que es más importante, el ejemplo moral, la

proyección didáctica, formativa, que esas confesiones pueden tener para la juventud mexicana. En su Estudio preliminar, Raymundo Ramos comenta algunas definiciones clásicas de "memoria" y de "autobiografía". Cita a Nietzsche, a Ortega y Gasset, a Reyes; deslinda el diario de las memorias, vida que se va haciendo, en el primero; perspectiva y recapitulación en las segundas. Apunta las diferencias con la autobiografía, más construida, más literaria, y al tiempo menos sincera. Definiciones y conceptos que no resultan superfluos en una obra de carácter escolar, y mayormente en un género —el autobiográfico— en que se suelen englobar variantes y matices de muy diferente naturaleza y propósito. Sus ejemplos —San Agustín, Cellini, Rousseau, Ticknor— son útiles para que el estudiante sitúe el género en una realidad concreta y deslinda sus ramificaciones sutiles. Más adelante, Ramos explica las circunstancias, el contexto histórico, literario, vital, en el que cada una de las memorias representadas se escribió.

Sor Juana está representada por su famosa *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*. El texto se incluye íntegro, dada su importancia. Aunque no se trata de memorias en el sentido riguroso del término, es evidente su valor como documento autobiográfico. Es "la Carta Magna de la libertad intelectual de las mujeres de América", como dijo un autor, Salceda, a quien cita el antólogo. El siglo XVII en México es también una época de nacionalismo germinal: se plantea en América el desarrollo de una cultura diferente, nueva, y ese eje, de creciente conciencia nacional, se perfila con mayor nitidez en el XVIII, del que se seleccionan las *Memorias* de Fray Servando Teresa de Mier. No hay en las páginas escogidas nada desaprovechable, pero son particularmente graciosas sus mordaces, casi siempre disparatadas, observaciones de la vida en Italia, sobre todo en Nápoles. Los *Apuntes* de Guridi y Alcocer, más subjetivos y locales, son de gran interés por manifestar la crisis

de una época de transición y el desencanto de la gran ciudad para revalorar el sosiego de la vida provinciana según la sensibilidad prerromántica y rousseauniana. De las *Memorias de mis tiempos*, la famosa y sabrosa obra de Guillermo Prieto, en la que casi se vuelca por entero el siglo XIX en México, se han elegido pasajes esenciales: la fundación del Colegio de San Juan de Letrán, las primeras figuras del romanticismo mexicano, como Lacunza y Fernando Calderón. A fines de siglo, esa antigua sensibilidad romántica daría paso al positivismo y al realismo. Gamboa está representado por sus *Impresiones y recuerdos*. En pocos párrafos, el lector se asoma a los resortes internos, los supuestos y motivaciones que estaban detrás de libros que, como *Santa*, escandalizaron aquel tiempo. Gamboa, no hace sólo la apología del naturalismo francés, sino, más interesante aún, analiza su propia actitud ante la mujer y el amor. De Salado Álvarez, se escogen algunas páginas de sus *Memorias*, donde habla de su viaje a Washington y descubre México desde los Estados Unidos. Muy interesante también *La feria de la vida*, de José Juan Tablada. Están en ella la defensa del mal llamado "decadentismo" con que se acusó a los últimos modernistas y una anécdota, a propósito del enojo producido por su composición *Misa negra*, que ilustra muy bien el carácter dictatorial y en el fondo provinciano de la burguesía porfirista. Ejemplar por muchos motivos: por su diáfana sinceridad, por su profundo valor ético, por su interés literario, son las páginas seleccionadas de *La apacible locura* de Enrique González Martínez. En ellas, el estudiante encuentra, de primera mano, los contextos espirituales en que se escribieron algunas de las poesías más significativas del poeta: "Silenio", "Los senderos ocultos", "La muerte del cisne"... La época revolucionaria, o mejor dicho, posrevolucionaria, está documentada, subjetivamente y ésta es virtud en unas memorias, por *El desastre* de Vasconcelos. Raymun-

do Ramos ha seleccionado los fragmentos que se refieren a La "Ley de Educación" y "La huelga de la Preparatoria", sucesos de gran trascendencia para la vida universitaria y cultural de México. La antología termina con la evocación de los *Contemporáneos* de Jaime Torres Bodet y sus recuerdos de Madrid y Valle-Inclán.

Para el estudiante, para el lector interesado en penetrar el andamiaje interno de la literatura mexicana, la antología de Ramos es un programa al través del cual se comprenden mucho mejor las motivaciones, las circunstancias vitales, hechos del fenómeno literario que muchas veces no quedan cabalmente alumbrados en la perspectiva objetiva de la historia formal. Las selecciones de Ramos van más allá de una utilidad escolar. Baste el hecho que algunas de las obras transcritas son difícilmente asequibles. Las *Memorias de mis tiempos* de Prieto están hoy agotadas en su más reciente edición (Patria); *La feria de la vida* de Tablada se publicó en 1937.

En este libro se combinan el gusto literario, la utilidad didáctica, la curiosidad histórica, y lo que no es tan frecuente en este tipo de antologías documentales, la gracia, la intimidad, la espontaneidad de esos escritores a los que hay que acercarse al través de las barreras que imponen el tiempo y la consagración de "clásicos". No es, ni puede ser, como lo advierte el autor desde el comienzo, una selección objetivamente justa. Faltan muchos; y entre otros, se echa de menos a Alfonso Reyes, de quien hay tantas páginas autobiográficas, pero esto es inevitable en toda selección. El libro es una aportación valiosa a la Biblioteca, y es también un experimento que abre caminos poco trillados en la historia literaria de carácter escolar; sería muy conveniente que después de este volumen se publicaran otros afines, como epistolarios, prólogos, manifiestos, documentos todos ellos que localizan la obra literaria en su contexto circunstancial y psicológico.

—Arturo Souto Alabarce